

SEMANA ²⁰₂₆ POR LA VIDA Y LA FAMILIA



LA ORACIÓN
le da vida
A TU FAMILIA



DELEGACIÓN
ARZOBISPAL PARA
LA PASTORAL FAMILIAR



Yo creo
en el
Matrimonio
Yo creo en la
Familia

Presentación

Como Delegación Arzobispal para la Pastoral Familiar, queremos presentar esta cartilla con el ánimo de que sea aprovechada en las diferentes comunidades parroquiales y grupos apostólicos durante la Semana por la Vida y la Familia que, en la Arquidiócesis de Medellín, se celebrará del 25 al 31 de mayo de 2026.

El propósito, como lo expresa el lema escogido para este año —“La oración le da vida a tu familia”—, es transmitir reflexiones a modo de catequesis, para que puedan ser dialogadas en familia y también replicadas en las comunidades parroquiales.

Cuando Jesús oraba, nos dicen los evangelios, solía subir a la montaña, lugar donde habitan el silencio y la noche; allí entraba en intimidad con su Padre (cf. Lc 6, 12). Son, precisamente, estas características las que orientan el orden temático de esta catequesis:

- “Creaturas todas del Señor, bendigan al Señor” (Dn 3, 57)
- El silencio en la oración
- La noche: luces y sombras en la familia
- Hablemos con Dios en familia
- Familia que reza unida permanece unida

Cada tema contiene un propósito, un signo central, una sensibilización, una oración como guía y, finalmente, un apartado para profundizar. Es importante resaltar que la fundamentación de los temas está iluminada por la Palabra de Dios, el Catecismo de la Iglesia Católica y otros referentes académicos y magisteriales.

Esperamos que estas reflexiones favorezcan el crecimiento espiritual, personal y, sobre todo, familiar, en este tiempo en que la Iglesia celebra el año jubilar de san Francisco de Asís. Que sea también una oportunidad para que, orando en familia y mediante la intercesión de este santo, pidamos por la paz de Colombia y del mundo.



TEMA NÚMERO 1

**“CREATURAS TODAS DEL SEÑOR,
BENDIGAN AL SEÑOR”**

(DN 3, 57)

Propósito: Nos proponemos reconocer a la familia como el núcleo vital de la creación que, a través de la oración, descubre su conexión sagrada con la naturaleza y la grandeza de Dios.

El Signo: La luz entre los dones de la creación

Invitamos a las familias a reunirse en torno a una **vela encendida**. Junto a ella, pedimos que coloquen un elemento que represente la creación y que identifique su hogar: una planta, una piedra, un recipiente con agua o incluso la mascota de la casa. Este gesto busca recordarnos que todo ha sido creado por Dios para nuestro bienestar y que, en cada detalle de la vida, podemos descubrir su presencia amorosa.

Sensibilización: Nuestra familia en la “Casa Común”

Como familias, debemos comprender que no somos entes aislados ni grupos que se mueven de forma independiente. Somos, en esencia, el núcleo que nutre una realidad mucho más grande. La creación misma nos acoge como una madre, nos abraza y nos invita a formar parte de una comunidad universal, tal como nos lo recuerda el Papa Francisco cuando nos habla de la fraternidad que nos une a todos (*cf. FT 8*).

Cuando oramos, nuestra mirada se transforma: empezamos a notar la belleza que nos rodea y descubrimos que somos parte de una gran familia creada. Al rezar, percibimos el amor de Dios compartido en cada ser vivo. Esta fuerza no nos conduce a la soberbia, sino a una humildad profunda y a un deseo sincero de cuidar la vida de los demás y nuestra “casa común” (*LS 13*).

La oración familiar nos revela que no estamos solos; estamos integrados a una realidad superior que nos supera. Es una red de amor tan inmensa que nos invita a la contemplación, permitiéndonos escuchar cómo la creación le susurra a nuestra familia la grandeza de su Creador. Al orar, reconocemos nuestra pequeñez, pero también nuestro valor esencial para la sociedad.

En medio de un mundo tecnificado, contemplar la creación nos devuelve al origen y nos enseña que, a pesar de los cambios, la mejor lección de bondad reside en la obra original de Dios (*cf. Gn 1 y 2*).

Oración puesta en práctica: Un coro de gratitud

Imaginemos por un momento que el mundo entero es un gran coro, donde cada detalle de la naturaleza nos invita a unirnos a un canto de agradecimiento. No se trata solo de un pensamiento poético, sino de una verdad teológica profunda: cuando entendemos nuestro origen y nuestro destino en Dios, nuestra fe cobra un brillo especial. No solo estudiamos teorías; sentimos en el corazón que nuestra historia familiar tiene un propósito lleno de sentido.

Esta sabiduría se encarna en nosotros cuando aprendemos a detenernos y mirar lo que nos rodea con ojos nuevos, tal como lo hacía **San Francisco de Asís**, quien veía la huella del Creador en cada criatura. Al reconocer que todo lo que existe es un don que viene de Él y hacia Él camina, el simple hecho de hacer una pausa en el día deja de ser un descanso vacío para convertirse en una **oración viva**.

Vivir así significa aprender a mirar el mundo con la ternura y la alegría de Jesús, disfrutando de la belleza mientras nos ponemos al servicio de los demás. Al final del día, esta visión se convierte en la brújula de nuestras acciones cotidianas, permitiéndonos caminar con una dirección clara y un corazón conectado con lo sagrado que habita en lo sencillo.

A modo de conclusión los invitamos a que recitemos a un solo coro ya sea en familia o en comunidad este cantico de Daniel, que alaban y bendicen al Señor

Cántico de Daniel

Criaturas todas del Señor,
benedicid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Ángeles del Señor, bendecid al Señor;
cielos, bendecid al Señor.
Aguas del espacio, bendecid al Señor;
ejércitos del Señor, bendecid al Señor.

Sol y luna, bendecid al Señor;
astros del cielo, bendecid al Señor.
Lluvia y rocío, bendecid al Señor;
vientos todos, bendecid al Señor.

Fuego y calor, bendecid al Señor;
fríos y heladas, bendecid al Señor.
Rocíos y nevadas, bendecid al Señor;
témpanos y hielos, bendecid al Señor.

Escarchas y nieves, bendecid al Señor;
noche y día, bendecid al Señor.
Luz y tinieblas, bendecid al Señor;
rayos y nubes, bendecid al Señor.

Bendiga la tierra al Señor,
ensálcelo con himnos por los siglos.
Montes y cumbres, bendecid al Señor;
cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

Manantiales, bendecid al Señor;
mares y ríos, bendecid al Señor.
Cetáceos y peces, bendecid al Señor;
aves del cielo, bendecid al Señor.

Fieras y ganados, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.
Hijos de los hombres, bendecid al Señor;
bendiga Israel al Señor.

Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor;
siervos del Señor, bendecid al Señor.
Almas y espíritus justos, bendecid al Señor;
santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

Ananías, Azarías y Misael,
benedicid al Señor;
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo
con el Espíritu Santo,
ensalcémoslo con himnos por los siglos.

Bendito el Señor en la bóveda del cielo,
alabado, glorioso
y ensalzado por los siglos.

Para que profundicemos:

- **Papa Francisco:** Carta encíclica Fratelli Tutti ("Sobre la fraternidad y la amistad social") 2020; Carta encíclica Laudato Si ("Sobre el cuidado de la casa común") 2015.
- **La Sagrada Biblia:** Gen 1 y 2; Dn 3,57-88.56.
- **Catecismo de la Iglesia Católica:** Numeral 2628, 2717 (sobre el silencio).



TEMA

NÚMERO 2

EL SILENCIO EN LA ORACIÓN.

Propósito: Nos invita a la reflexión y a la práctica del silencio contemplativo, como un espacio esencial para escuchar la voz de Dios en el seno de nuestra familia.

El Signo: La brisa y el soplo de vida

En la calidez de nuestro encuentro familiar, fijemos la mirada en la llama de la vela. Notaremos cómo el aire invisible, la brisa, se manifiesta a través del movimiento del fuego. Es allí donde comprendemos su misterio: el mismo soplo que nos da vida y nos acompaña, puede alimentar un fuego que, si no se contiene con sabiduría, amenaza con consumirlo todo. El silencio es, precisamente, ese suave viento que ordena nuestro fuego interior.

Sensibilización: Del estrépito del mundo al encuentro del alma

En el primer libro de los Reyes, encontramos la experiencia del profeta Elías, la cual ilumina nuestro camino hoy:

*“«Sal y quédate de pie en la montaña, delante del Señor». Y en ese momento, el Señor pasaba. Sopló un viento huracanado... pero el Señor no estaba en el viento. Tras el viento, hubo un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, se encendió un fuego; pero el Señor tampoco estaba en el fuego. Tras el fuego, se oyó el rumor de una **brisa suave**. Al oírla, Elías se cubrió el rostro con su manto... entonces, le llegó una voz” (cf. 1 Re 19, 11-13).*

A lo largo de la Sagrada Escritura, descubrimos que Dios se manifiesta frecuentemente desde la quietud: lo vemos con Moisés ante la zarza ardiente en el desierto (cf. Ex 3, 1-2); lo recordamos en el libro de las Lamentaciones, que nos enseñan que “*es bueno esperar en silencio la salvación del Señor*” (cf. Lam 3, 26); y lo cantamos en los Salmos, reconociendo que la creación le alaba

“sin hablar, sin pronunciar palabras” (cf. *Sal 19, 4-5*). Dios nos habla desde un silencio activo y constante; ese lenguaje eterno con el que se comunica con cada uno de nosotros.

Sin embargo, a menudo parece que nuestros hogares se han transformado en mercados bulliciosos. Nos envuelve la prisa, el eco del televisor, el goteo incesante de las notificaciones del celular y conversaciones que suelen quedarse en la superficie. En medio de tanto estrépito, la voz de Dios y los anhelos más profundos de quienes amamos corren el riesgo de quedar sepultados.

Hoy los invitamos a hacer una pausa sagrada. No buscamos añadir una tarea más a la agenda, sino aprender a **estar juntos**. Queremos transitar de una oración saturada de palabras a una oración de escucha, donde el corazón se abra de par en par para discernir qué espera Dios de nosotros y qué necesitan realmente nuestros seres queridos.

Preguntémonos con sinceridad: ¿Cuántas veces el ruido exterior nos impide descifrar lo que un hijo intenta decirnos con su mirada? ¿Cuántas veces el estruendo de nuestro propio orgullo nos nubla el juicio y nos impide pedir perdón? Dios no suele gritar; Él prefiere la delicadeza del susurro. Busquemos hoy ese silencio que abraza, esa brisa que sana y ese encuentro que transforma nuestra realidad familiar.

Oración puesta en práctica: El testimonio de San José

La Palabra de Dios da testimonio del valor del silencio a través de la figura de San José. Ni una sola palabra suya quedó registrada en el texto sagrado; sin embargo, este silencio no disminuye su grandeza. Al contrario, su misión fue confirmada por sus obras: amó profundamente a María, se santificó en la vida matrimonial y protegió con valentía a la Sagrada Familia.

Como migrante en tierras desconocidas, José buscó siempre un lugar seguro para los suyos y enseñó con tal dedicación su oficio a Jesús, que a nuestro Señor se le conoció simplemente como «el hijo del carpintero». José logró que su existencia entera fuera un testimonio vivo de oración y entrega desde el silencio.

Oremos juntos en familia o en comunidad:

San José, modelo de escucha y humildad, ruega por todos los padres y familias que necesitamos del silencio para escucharnos unos a otros y tener encuentros más sinceros. Ayúdanos a convertir nuestro hogar en un remanso de paz donde resuene la voz del Padre. Amén.

Para que profundicemos:

- **Papa Francisco:** Carta Apostólica *Patris Corde* ("Corazón de Padre").
- **La Sagrada Biblia:** 1 Re 19, 11-13; Ex 3, 1-2; Lam 3, 26; Sal 19, 4-5.
- **Catecismo de la Iglesia Católica:** Numeral 2628 (sobre la adoración y el silencio).



TEMA NÚMERO 3

LA NOCHE: LUCES Y SOMBRAS
EN LA FAMILIA.

Propósito: Nos proponemos reconocer, como comunidad de fe, que las “noches” —esos periodos de crisis, dolor, conflicto o incertidumbre— son parte real del itinerario familiar. Buscamos descubrir que estos momentos no representan un fracaso definitivo, sino una oportunidad para experimentar que, incluso en la penumbra, Dios permanece presente y actuante en nuestro hogar.

El Signo: La luz que rompe la penumbra

El signo que nos convoca es la vela encendida en medio de la oscuridad. Esta llama representa a Cristo, la Luz del Mundo, que permanece fiel cuando atravesamos sombras. Aunque la llama parezca pequeña, tiene el poder de vencer la noche; así es nuestra oración: sencilla, pero capaz de sostener el hogar en la prueba.

Cada familia recibe una vela apagada. Antes de encenderla, les invitamos a identificar la “noche” que están atravesando y escribir en un pequeño papel una palabra que la represente (*ej. enfermedad, falta de trabajo, distancia*). Colocaremos ese papel a los pies de una vela central ya encendida, que simboliza a Cristo. Luego, de esa luz principal, encenderemos nuestras velas mientras proclamamos con esperanza:

“La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron” (Jn 1, 5).

Sensibilización: Cruz y Resurrección en la pequeña Iglesia Doméstica

En familia, de múltiples maneras, se tiene la experiencia de vivir en la luz y de dar a luz: el nacimiento de un hijo, las reconciliaciones y los proyectos compartidos, entre otros. Sin embargo, también habitamos la noche: crisis económicas, resentimientos, enfermedad o cansancio emocional. Como Iglesia, recordamos que la familia no es solo una construcción humana, sino una “*comunidad de vida y amor*” fundada por el Creador (*cf. CEC 1603*).

Al ser nuestra familia una *“Iglesia doméstica”* (cf. CEC 2204), es natural que en ella se experimente tanto la cruz como la resurrección. Las noches familiares no significan necesariamente que el amor se haya extinguido; a menudo revelan que éste necesita purificarse y madurar. San Juan de la Cruz, maestro de la vida espiritual, describía la “noche” como un proceso donde el amor se despoja de seguridades superficiales para aprender a amar de verdad: *“En una noche oscura, con ansias, en amores inflamada...”*.

Desde una mirada integral, sabemos que las crisis pueden despertar miedos y defensas. Cuando el diálogo cesa, la noche se vuelve más densa; pero cuando oramos, el corazón se dispone a la escucha. La oración no suprime el conflicto por arte de magia, pero introduce humildad y serenidad para enfrentarlo. Reconocer nuestras sombras no nos debilita; nos hace más reales y disponibles a la gracia de Dios.

Oración puesta en práctica: La escuela de la confianza

La oración no debe ser un evento aislado, sino un hábito que sostenga nuestra vida cotidiana. El Catecismo nos enseña que *“la familia cristiana es el primer lugar de la educación en la oración”* (CEC 2685). Es en casa donde aprendemos que la oración es *“la elevación del alma a Dios”* (CEC 2559).

Para que la luz de la fe ilumine nuestras noches, proponemos estos compromisos concretos:

- 1. El signo de la paz:** Encender una vela en momentos de tensión y guardar un minuto de silencio antes de continuar hablando. Esto nos ayuda a frenar la impulsividad.
- 2. Constancia sobre duración:** Establecer un momento fijo a la semana para orar juntos, aunque sean cinco minutos.
- 3. Refugio en la Palabra:** Rezar el **Salmo 23** en tiempos de dificultad, recordando que el Buen Pastor camina con nosotros en las cañadas oscuras.

4. Bendición nocturna: Terminar el día diciendo juntos: *"Señor, habita nuestra noche y enséñanos a permanecer unidos"*.

5. Pausa previa al diálogo: Antes de una conversación difícil, pedir juntos la gracia de hablar con respeto y escuchar con apertura.

Como conclusión de este tema los invitamos a que respondan estas preguntas en familia:

- ¿Qué hemos aprendido de nuestras crisis pasadas?
- ¿Buscamos a Dios juntos en los momentos difíciles o solo en la alegría?
- ¿Qué paso concreto daremos esta semana para que la oración sea luz en nuestra casa?

Para que profundicemos:

- **Catecismo de la Iglesia Católica:**
 - CEC 1655–1658: La familia como Iglesia doméstica.
 - CEC 2729–2733: Cómo enfrentar las dificultades en la oración.
- **Textos Bíblicos:** *Salmo 23; Romanos 8, 18–28; Marcos 4, 35–41* (Jesús calma la tormenta).



TEMA

NÚMERO 4

HABLEMOS CON DIOS EN FAMILIA.

Propósito: Nos proponemos despertar en cada integrante de la familia la necesidad vital de orar juntos. Buscamos que el diálogo con Dios fortalezca nuestra espiritualidad y brinde un "aire nuevo" a nuestras relaciones interpersonales, renovando el amor cotidiano.

El Signo: El Fuego que transforma

En un ambiente de serenidad y luz tenue, disponemos un lugar donde resalte la llama de un cirio. Queremos contemplar el **fuego** como símbolo del Espíritu Santo que ilumina, calienta y transforma nuestras realidades.

Como discípulos misioneros, estamos llamados a llevar este fuego a quienes nos rodean; pero es en el hogar donde el fuego del amor permite que permanezcamos unidos (*cf. 1 Cor 13, 1-13*). El fuego no solo alumbra, sino que purifica nuestros vínculos y mantiene encendida la esperanza familiar.

Sensibilización: La humildad y el corazón como morada

Santa Teresa del Niño Jesús nos regaló una definición preciosa: *"Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría"* (CEC 2558). En sus palabras descubrimos que la llave para hablar con Dios es la humildad.

La humildad es el cimiento de nuestra oración. Necesitamos del fuego del Espíritu Santo —el mismo que recibimos en nuestro bautismo— para reconocernos verdaderamente como hijos de un mismo Padre y exclamar con confianza: *¡Abbá, Padre!* (*cf. Rm 8, 14-17*). Al reconocernos hijos, nos descubrimos hermanos, convirtiendo nuestro hogar en una verdadera Iglesia doméstica que habla con su Creador.

Para lograr este encuentro, además de humildad, necesitamos "poner el corazón". El Catecismo nos explica que el corazón es:

"...la morada donde yo habito. Es nuestro centro escondido... el lugar de la decisión, de la verdad, del encuentro y de la alianza" (CEC 2563).

Cuando nos unimos en familia "en un mismo corazón", la oración se vuelve el motor que da vida al hogar. En una sociedad que a menudo percibimos fragmentada o polarizada, las familias corren el riesgo de reflejar esa misma división. Por ello, necesitamos volver a Dios y reconocer que sin Él perdemos el sentido de nuestros valores.

Como bien decían nuestros mayores: *"Familia que reza unida, permanece unida"*. Esta unidad renueva los lazos de nuestra espiritualidad y nos permite permanecer firmes ante los desafíos actuales. Al final, la espiritualidad familiar no es otra cosa que vivir la fe, la esperanza y el amor en lo cotidiano, confiando en la promesa del Señor: *"Donde dos o tres estén unidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"* (cf. Mt 18, 19-20).

Oración puesta en práctica: El testimonio del Santo Rosario

Queremos compartirles un testimonio sencillo y profundo que ha llegado a nuestra Delegación para la Pastoral Familiar. Conocimos a una pareja que, desde su noviazgo, decidió caminar de la mano del Señor y de la Virgen María.

Desde el día de su matrimonio, no han dejado de rezar ni un solo día el **Santo Rosario**. A través de sus misterios (Gozosos, Luminosos, Dolorosos y Gloriosos), han contemplado la vida de Jesús como discípulos misioneros. Hoy, tras treinta y un años de casados y con dos hijos, dan fe de que contemplar la vida de Cristo en familia les ha permitido mantenerse unidos, felices y abiertos a la voluntad de Dios. Su historia nos recuerda que la constancia en lo sencillo construye realidades eternas.

Compromiso sugerido: Les invitamos a rezar el Santo Rosario en familia durante esta semana, ofreciendo cada misterio por una necesidad puntual de sus miembros.

Para que profundicemos:

- La Sagrada Biblia:
 - Romanos 8, 14-17 (Hijos en el Espíritu).
 - 1 Corintios 13, 1-13 (El himno de la caridad).
 - Mateo 18, 19-20 (La oración en común).
 - Salmo 128 (La felicidad de la familia que teme al Señor).
- Catecismo de la Iglesia Católica: Numerales 2558 a 2564 (La oración como don, alianza y comunión).



TEMA

NÚMERO 5

FAMILIA QUE REZA UNIDA,
PERMANECE UNIDA.

Propósito: Nos inspiramos y motivamos para cultivar la oración como un acto cotidiano. Buscamos que cada hogar descubra en la oración la fuente que fortalece la unidad, mejora la comunicación y renueva el amor entre todos sus integrantes.

El Signo: La luz y el encuentro con María

El signo que corona nuestro camino son las velas encendidas junto al Santo Rosario. Las velas representan la presencia viva de Cristo, la luz que nos guía e ilumina nuestro caminar como familia de fe. Su llama simboliza nuestra oración que sube al Padre y la esperanza que se mantiene encendida en el hogar.

A su lado, el **Santo Rosario** expresa la compañía materna de la Virgen María. Ella nos enseña a contemplar la vida de Jesús con un corazón humilde y lleno de confianza. Al rezarlo en familia, fortalecemos nuestra unión, nos educamos en la paz y sostenemos nuestra fe incluso en los momentos más difíciles. Un hogar que ora ante la luz y con María, es un hogar que aprende a caminar en fidelidad.

Sensibilización: La familia, santuario de la vida

La vida familiar es un don precioso que Dios nos confía. Sin embargo, reconocemos que el ritmo moderno, las tensiones y los desafíos de la convivencia pueden debilitar nuestros vínculos. Por ello, la Iglesia nos invita a volver a la fuente: la oración. Es allí donde Dios se hace presente para sanar y renovar nuestra unidad.

Como nos recuerda el Catecismo, nuestra familia no es solo un grupo bajo un mismo techo; es una Iglesia doméstica, el lugar sagrado donde aprendemos a amar y transmitir la fe (*cf. CEC 1655–1657*). Consideremos estos pilares que fundamentan nuestra vida:

1. Somos comunidad de fe: Al igual que los primeros cristianos, estamos llamados a transformar nuestra casa en

un santuario donde Dios habita y nos une en un mismo amor.

2. Somos escuela de oración: La oración no se improvisa; se aprende y se acompaña. Como padres, somos los primeros educadores, sembrando semillas de fe que darán fruto para toda la vida (cf. CEC 2221–2226).

3. Nuestro hogar es lugar de encuentro: La casa es el espacio natural para encontrarnos con Dios (cf. CEC 2696). Un hogar que ora construye puentes, cura heridas y fortalece los lazos de perdón.

4. Sostenemos a la Iglesia universal: La oración aprendida en nuestro hogar es el fundamento de la oración de toda la comunidad cristiana (cf. CEC 2685).

Rezar juntos es permitir que Dios sea el centro. La oración compartida no elimina los problemas mágicamente, pero los ilumina con la paz de Dios. Por eso afirmamos con convicción: familia que reza unida permanece unida, porque está en el corazón de Dios.

Oración puesta en práctica: El legado de San Juan Pablo II

San Juan Pablo II, el “Apóstol de las familias”, nos enseñó que la oración es la fuente donde el hogar descubre su identidad. En su exhortación apostólica *Familiaris Consortio*, nos recordaba que para amar sin medida y reconstruir relaciones, necesitamos nutrirnos diariamente de la oración.

Él destacó que la oración en familia:

- Une espiritualmente a los esposos.
- Forma a los hijos en una fe viva y valiente.
- Purifica el amor de egoísmos y lo fortalece.
- Abre las puertas de la casa a la acción del Espíritu Santo.

Su “oración predilecta” era el Rosario, pues nos introduce en la “escuela de María”, donde aprendemos el servicio y la fidelidad. Hoy retomamos su invitación: hagamos de la oración el latido de nuestro hogar.

Preguntas para el diálogo final:

- ¿Qué cambios notamos en nuestro trato mutuo cuando sacamos tiempo para orar?
- ¿Qué conflicto actual podríamos poner hoy en manos de Dios para que Él traiga paz?
- ¿Cómo podemos hacer que la oración sea un momento alegre y esperado por todos los integrantes de la familia?

Para que profundicemos:

- **Catecismo de la Iglesia Católica:**

- *CEC 2204*: La familia como transmisora de la fe.
- *CEC 1641-1642*: La gracia del matrimonio como auxilio cotidiano.

- **Textos Bíblicos:**

- *Josué 24, 15*: "Mi familia y yo serviremos al Señor".
- *Colosenses 4, 2*: Perseverar en la oración con agradecimiento.
- *Mateo 18, 20*: La presencia de Jesús en medio de los suyos.

Conclusión

A lo largo de esta Semana por la Vida y la Familia hemos recorrido un camino que nos ha permitido redescubrir el valor de la oración en la vida familiar. Desde la contemplación de la creación, pasando por el silencio, las noches de dificultad y el encuentro con Dios en el hogar, hemos reconocido que la oración no es un añadido, sino el corazón que da vida, sentido y dirección a la familia.

La familia, en medio de los desafíos del mundo actual, está llamada a ser signo de esperanza, espacio de encuentro y escuela de amor. Sin embargo, esta misión no puede sostenerse únicamente en las fuerzas humanas. Es en la relación viva con Dios donde la familia encuentra la gracia necesaria para sostenerse, renovarse y permanecer unida.

Orar en familia no significa hacerlo de manera perfecta, sino disponerse con sencillez, constancia y apertura. Es aprender a escuchar, a agradecer, a pedir perdón y a confiar. Es reconocer que, incluso en medio de las dificultades, Dios permanece presente, acompañando, sanando y fortaleciendo los vínculos.

Que esta cartilla no sea solo un material para una semana, sino una invitación permanente a hacer de cada hogar un espacio de oración, donde Dios habite y transforme la vida cotidiana. Que cada familia pueda experimentar que, cuando se ora, el amor se fortalece, la esperanza se renueva y la unidad se hace posible.

Bajo la intercesión de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora de la Candelaria y de San Francisco de Asís, confiamos a Dios todas las familias, para que sean testimonio vivo de su amor en el mundo y que no se nos olvide que ***“La oración le da vida a tu familia”***.



SUBSIDIO PASTORAL

PRESENTACIÓN

La Delegación Arzobispal para la Pastoral Familiar invita a todas las parroquias, movimientos y comunidades a celebrar con fervor la Semana por la Vida y la Familia, del 25 al 31 de mayo. Este año queremos centrar nuestra reflexión y nuestra experiencia pastoral en una convicción sencilla pero profunda:

La oración sostiene, protege y renueva la vida familiar.

En un contexto donde muchas familias experimentan fragilidad, tensiones y crisis, la Iglesia propone volver a la fuente: la oración. Allí donde una familia ora, Dios actúa; donde una familia se arrodilla junta, la gracia reconstruye lo que parecía quebrado. Se exhorta a motivar explícitamente la participación en familia: esposos, hijos, abuelos. Que no sea solo una actividad parroquial, sino una experiencia vivida como hogar creyente.

EUCARISTÍA POR LAS FAMILIAS

RENOVACIÓN DE PROMESAS MATRIMONIALES

Es aconsejable que se tenga el lugar para los esposos que van a renovar sus promesas en la parte delantera del templo, para que sean, estas parejas de esposos, un signo elocuente para la asamblea eucarística.

COMENTARIO INICIAL:

¡La Eucaristía es la fiesta de la familia! y hoy nos hemos reunido en torno a la mesa del Señor para orar con fe y devoción por todas las familias de nuestra comunidad parroquial de (N), conscientes que la Eucaristía es la fuente y el culmen de la vida cristiana, y que de ella mana la gracia que sostiene la unidad familiar.

Que esta manifestación de fe y esperanza nos disponga a escuchar la palabra y alimentarnos del cuerpo y de la sangre del Señor para seguir fortaleciéndonos como comunidad de vida y de amor.

Iniciemos con alegría nuestra celebración.

COMENTARIO A LAS LECTURAS:

En su Palabra vivificante, el Señor viene a darnos su mensaje de vida, esperanza y salvación, como sustento de nuestras familias. Escuchemos con atención.

RENOVACIÓN DE PROMESAS MATRIMONIALES

Puede realizarse terminada la homilía, enviando a los esposos que pasen a la parte delantera del templo; sin embargo, si son muchos, pueden quedarse en sus lugares.

COMENTARIO

A continuación, las parejas de esposos que han celebrado su Matrimonio Sacramentalmente van a renovar sus promesas Matrimoniales, como signo de bendición y acción de gracias, que renueva constantemente su amor de esposos.

Presidente:

Al celebrar de nuevo el aniversario de aquel día en el que ustedes por el Sacramento del Matrimonio unieron sus vidas con un vínculo indisoluble, quieren ahora renovar ante Dios las promesas que en ese entonces mutuamente se hicieron.

Para que estas promesas se fortalezcan con la gracia de Dios, dirijan sus oraciones.

El esposo: Bendito seas, Señor, porque para mí ha sido un regalo tuyo tener a N. por mi esposa

La esposa: Bendito seas, Señor, porque para mí ha sido un regalo tuyo tener a N. por mi esposo

Ambos: Bendito seas, Señor, porque amorosamente nos has asistido en la alegría y en las penas de nuestra vida. Ayúdanos, te pedimos, a guardar fielmente nuestro mutuo amor para que seamos fieles testigos de la alianza que has establecido con los hombres.

Presidente: El Señor los proteja todos los días de su vida. Sea para ustedes consuelo en la adversidad, auxilio en la prosperidad, y derrame copiosas bendiciones sobre su hogar. Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/. Amén.

Terminada la renovación de las promesas, se procede, según la costumbre, a la Oración de los Fieles.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Presidente:

Oremos al Señor, Padre de la gran familia humana y respondamos:

R/. Padre de amor, escúchanos.

- 1.** Por la Iglesia, la gran familia de Dios, para que sea firme y coherente en el anuncio del Evangelio a las familias, roguemos al Señor. R/.
- 2.** Por los gobernantes; para que tomen conciencia del gran compromiso que tienen con las familias de proveerles las condiciones necesarias que la mantienen unida, para que de esta forma sean ellas un verdadero aporte para la paz, roguemos al Señor. R/.
- 3.** Por las familias de la Arquidiócesis de Medellín, para que el Señor les envíe su Espíritu y les de la sabiduría para responder a los grandes desafíos que hoy nos presenta la sociedad, roguemos al Señor. R/.
- 4.** Por las familias desunidas, por las familias que sufren; para que reciban ayuda y consuelo, fruto de la solidaridad cristiana, roguemos al Señor. R/.
- 5.** Por cada uno de nosotros y en especial por los esposos que en este año cumplen sus bodas de plata y oro, para que su testimonio de amor siga siendo un ejemplo para sus hijos y un referente para todas las familias que están llamadas a construir comunidades de vida y de amor, roguemos al Señor. R/.

Presidente:

Acoge Padre bueno estas súplicas que te presentamos y las que están en lo profundo de nuestro corazón por Jesucristo nuestro Señor.

HORA SANTA

EN LA SEMANA POR LA VIDA Y LA FAMILIA 2026

Frente al Santísimo Sacramento.

Se propone que, en el marco de esta semana, cada parroquia organice una Hora Santa por la Vida y la Familia.

*Se sugiere especialmente el **jueves 28 de mayo**, por su carácter tradicionalmente eucarístico y sacerdotal. El jueves recuerda el don del sacerdocio y de la Eucaristía, fuente de comunión y modelo de entrega, elementos esenciales para la vida matrimonial y familiar. No obstante, si pastoralmente conviene otro día entre el **25 y el 31 de mayo**, puede realizarse en cualquiera de esas fechas. Lo importante es que cada comunidad parroquial pueda ofrecer este espacio de adoración y súplica por las familias.*

1. Exposición del Santísimo

SALUDO ANTE EL SANTÍSIMO

V/: Bendito y alabado sea Jesús en el santísimo sacramento del altar.

R/: Sea para siempre bendito y alabado.

V/: Jesús Sacramentado, mi dulce amor y mi consuelo.

R/: Quién te amara tanto que de amor muriera.

2. Monición Inicial

Hermanos:

Nos reunimos hoy ante Jesús Eucaristía para presentar ante Él nuestras familias. Venimos como esposos, padres, hijos, abuelos, hermanos; venimos con alegrías y también con heridas. Creemos firmemente que la oración le da vida a nuestra familia. Cuando

oramos, dejamos que Dios habite nuestra historia. Cuando adoramos, permitimos que Cristo fortalezca nuestros vínculos. Hoy queremos poner en el Corazón de Jesús:

- Las familias unidas y agradecidas.
- Las familias que atraviesan crisis.
- Los matrimonios heridos.
- Los hijos que sufren.
- Los sacerdotes, padres espirituales de nuestras comunidades.
- Y la defensa de la vida desde su concepción hasta su fin natural.

Que esta Hora Santa renueve en nosotros la certeza de que Dios camina con nuestras familias.

3. Liturgia de la Palabra.

PRIMERA LECTURA

"Yo y mi casa serviremos al Señor."

Lectura del libro de Josué. 24, 1-2. 5. 8. 13-16, 28.

En aquellos días, Josué reunió todas las tribus de Israel en Siquén y llamó a los ancianos de Israel, a los jefes, a los jueces y a los magistrados. Y se presentaron ante Dios. 2Josué dijo a todo el pueblo: «Así dice el Señor, Dios de Israel: "Yo tomé a Abrahán su padre del otro lado del Río, lo conduje por toda la tierra de Canaán y multipliqué su descendencia, dándole un hijo, Isaac. Envié después a Moisés y Aarón y castigué a Egipto con los portentos que hice en su tierra. Luego os saqué de allí. Los llevé luego a la tierra de los amorreos que vivían al otro lado del Jordán. Y les di una tierra por la que no habían sudado, ciudades que no habían construido y en las que ahora viven, viñedos y olivares que no habían plantado y de cuyos frutos ahora comen". Pues bien: teman al Señor; sírvanle con toda sinceridad; Pero si les resulta duro servir al Señor, elijan hoy a quién quieren servir: si a los dioses a los que sirvieron sus padres al otro lado del Río, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitan; que yo y mi casa serviremos al Señor». El pueblo respondió: «¡Lejos

de nosotros abandonar al Señor para ir a servir a otros dioses! También nosotros serviremos al Señor, ¡porque él es nuestro Dios!». Luego Josué despidió al pueblo, cada cual a su heredad.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial: Salmo 127, 1-2. 3. 4-5 (R.: cf. 1)

R. *Dichosos los que temen al Señor
y siguen sus caminos.*

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. **R.**

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. **R.**

Ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida. **R.**

Aclamación antes del Evangelio (Col 3, 15a. 16ª)

Aleluya, aleluya, aleluya.

Que la paz de Cristo actúe de árbitro
en vuestro corazón;
la palabra de Cristo habite entre vosotros
en toda su riqueza.

Aleluya, aleluya, aleluya.

EVANGELIO



Lectura del santo Evangelio según san Lucas 2, 41-52

Sus padres solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres.

Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo.

Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.

Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Palabra del Señor.

El ministro que orienta la hora santa invita a interiorizar la Palabra de Dios y a prestar atención a los diferentes momentos que se van a leer y meditar. Luego de haber escuchado los siguientes momentos, el ministro se dispone para bendecir a todas las familias y a la comunidad parroquial.

MOMENTO DE REFLEXIÓN GUIADA

1. Primer momento: La creación, la vida y el don de la familia.

A veces vivimos tan deprisa que olvidamos contemplar la belleza de lo sencillo. Olvidamos que la vida misma es un regalo, que nuestras familias son un don y que cada persona que comparte nuestra historia tiene un lugar en el corazón de Dios.

La oración nos permite detenernos y volver a mirar. Nos ayuda a descubrir que no estamos solos, que hacemos parte de una gran obra creada por Dios y que, incluso en lo cotidiano, Él sigue manifestando su amor.

Quizá hace mucho no agradecemos verdaderamente por quienes tenemos cerca. Quizá el cansancio, la rutina o las dificultades nos han impedido reconocer la belleza que aún permanece en nuestro hogar.

Hoy, ante Jesús Sacramentado, pensemos en nuestra familia. Pensemos en quienes amamos, en quienes nos acompañan cada día y también en quienes necesitan reconciliación, escucha o cercanía.

Preguntémonos interiormente: ¿Cómo estoy cuidando la vida de quienes amo? ¿Estoy valorando verdaderamente a mi familia? ¿He olvidado agradecer por aquello que aún permanece?

Dejemos que el Señor toque nuestro corazón y nos devuelva la capacidad de contemplar con ternura.

(Silencio – 4 minutos)

2. Segundo momento: El silencio que permite escuchar

Vivimos rodeados de ruido. Ruido exterior y también interior. Las preocupaciones, las prisas, los celulares, las discusiones, el cansancio y las palabras no dichas terminan llenando nuestros hogares de distancia.

Muchas veces convivimos, pero no nos encontramos realmente. Escuchamos sin comprender, respondemos sin detenernos y permanecemos juntos sin abrir verdaderamente el corazón. Pero Dios suele hablar en lo sencillo, en lo pequeño, en el silencio profundo del alma.

Hoy Jesús nos invita a hacer una pausa. A permanecer simplemente delante de Él. Sin aparentar, sin correr, sin necesidad de decir demasiado.

Tal vez hay heridas familiares que nunca se han hablado. Tal vez hay cansancios acumulados, tristezas escondidas o afectos que se han ido apagando lentamente.

El silencio no siempre significa ausencia. A veces el silencio es el lugar donde el amor puede volver a comenzar.

Pidamos al Señor la gracia de aprender nuevamente a escuchar. Escuchar a Dios, escuchar a quienes viven con nosotros y escuchar también aquello que nuestro propio corazón necesita sanar.

(Silencio profundo – 5 minutos)

3. Tercer momento: Las noches y las sombras de la familia

Toda familia conoce también la noche. Existen momentos de luz, alegría y encuentro, pero también llegan tiempos de oscuridad: dificultades económicas, enfermedad, conflictos, agotamiento emocional, pérdidas, distancias o palabras que han herido profundamente.

A veces pensamos que esas noches significan que el amor se terminó o que Dios se ha alejado de nosotros. Sin embargo, incluso en medio de la oscuridad, el Señor permanece presente.

Hoy pongamos delante de Jesús aquello que más pesa en nuestra familia. Aquello que nos preocupa, lo que aún duele, lo que no hemos podido resolver y las heridas que todavía necesitan reconciliación.

No tengamos miedo de reconocer nuestras sombras. Las familias no son perfectas. Amar también implica atravesar momentos difíciles y aprender a permanecer incluso cuando llegan las pruebas.

La oración no elimina mágicamente el sufrimiento, pero sí transforma la manera de vivirlo. La oración introduce paz donde hay angustia, humildad donde hay orgullo y esperanza donde parecía no quedar nada.

Miremos a Jesús en silencio y dejemos que su presencia ilumine nuestras noches familiares.

(Silencio prolongado – 6 minutos)

4. Cuarto momento: Volver a hablar con Dios en familia

La oración familiar no necesita perfección. No exige palabras elaboradas ni grandes discursos. Solo necesita un corazón dispuesto a abrirse nuevamente a Dios y a los demás.

Cuando una familia ora, aprende poco a poco a reencontrarse. Aprende a pedir perdón, a agradecer, a escuchar y a permanecer unida incluso en medio de las dificultades.

Tal vez hace mucho tiempo no oramos juntos. Tal vez el cansancio, las ocupaciones o la costumbre fueron apagando ese espacio compartido. Pero hoy el Señor nos invita a comenzar de nuevo.

Quizá basten unos pocos minutos. Quizá solo sea una pequeña oración antes de dormir, una conversación sincera o un momento de silencio compartido.

Lo importante es permitir que Dios vuelva a habitar el centro de nuestro hogar. Porque cuando Él ocupa su lugar en la familia, también el amor comienza a ordenarse nuevamente.

Preguntémonos en silencio: ¿Qué necesita cambiar en mí para construir más paz en mi hogar? ¿Qué palabra hace falta decir? ¿Qué perdón necesito ofrecer o recibir?

(Silencio – 4 minutos)

5. Quinto momento: Familia que reza unida, permanece unida

Hoy, delante del Santísimo, queremos entregar completamente nuestras familias al Señor. Nuestros padres, hijos, hermanos, abuelos, esposos y todas aquellas personas que hacen parte de nuestra historia.

También queremos poner en sus manos a quienes están lejos, a quienes viven momentos difíciles, a quienes sufren soledad, enfermedad o tristeza.

La oración compartida no elimina los problemas, pero fortalece el amor, sostiene la esperanza y nos recuerda que no caminamos solos.

Una familia que ora descubre que todavía es posible volver a empezar. Descubre que el diálogo puede sanar, que el perdón puede reconstruir y que el amor puede permanecer incluso después de las crisis.

Pidámosle al Señor que nuestros hogares vuelvan a ser lugares de encuentro, escucha, ternura y paz. Que nunca falte la capacidad de mirarnos con misericordia y de acompañarnos mutuamente.

Que la oración no sea solamente un momento ocasional, sino la fuerza que sostenga nuestra vida familiar cada día.

(Silencio profundo – 5 minutos)

ORACIÓN DE LOS FIELES

Celebrante:

Confiados en el amor del Padre, elevemos nuestras súplicas por las familias del mundo entero.

R/. Escúchanos, Padre de amor.

- 1.** Por la Iglesia, para que anuncie con valentía la belleza del matrimonio y acompañe con misericordia a las familias heridas. Roguemos al Señor.
- 2.** Por los esposos, para que el amor fortalecido por la gracia del sacramento sea más fuerte que cualquier dificultad o crisis. Roguemos al Señor.
- 3.** Por las familias que atraviesan conflictos, divisiones o situaciones de violencia, para que encuentren caminos de diálogo, perdón y reconciliación. Roguemos al Señor.
- 4.** Por los hijos y jóvenes, para que crezcan en hogares donde experimenten amor, límites sanos y acompañamiento en la verdad. Roguemos al Señor.
- 5.** Por los abuelos, memoria viva de la fe, para que sigan siendo apoyo y sabiduría para las nuevas generaciones. Roguemos al Señor.
- 6.** Por los sacerdotes, llamados a ser padres espirituales, para que su ministerio fortalezca y sostenga la vida familiar en nuestras comunidades. Roguemos al Señor.
- 7.** Por la defensa y promoción de la vida humana en todas sus etapas, especialmente la vida más vulnerable. Roguemos al Señor.

Se puede concluir con un momento de silencio orante, luego de la cual se puede añadir la siguiente:

ORACIÓN POR LAS FAMILIAS

(San Juan Pablo II)

Oh, Dios, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, Padre, que eres Amor y Vida, haz que en cada familia humana sobre la tierra se convierta, por medio de tu Hijo, Jesucristo, "nacido de Mujer", y del Espíritu Santo, fuente de caridad divina, en verdadero santuario de la vida y del amor para las generaciones porque siempre se renuevan.

Haz que tu gracia guíe a los pensamientos y las obras de los esposos hacia el bien de sus familias y de todas las familias del mundo.

Haz que las jóvenes generaciones encuentren en la familia un fuerte apoyo para su humanidad y su crecimiento en la verdad y en el amor.

Haz que el amor, corroborado por la gracia del sacramento del matrimonio, se demuestre más fuerte que cualquier debilidad y cualquier crisis, por las que a veces pasan nuestras familias.

Haz finalmente, te lo pedimos por intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, que la Iglesia en todas las naciones de la tierra pueda cumplir fructíferamente su misión en la familia y por medio de la familia.

Tú, que eres la Vida, la Verdad y el Amor, en la unidad del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén.*

Oración.

Alegres por ser hijos de Dios digamos juntos la oración que Cristo nos enseñó:

Padre nuestro.

Adoración final.

El sacerdote se dirige al reclinatorio, y, puesto de rodillas, invita a la Alabanza del Señor, con las siguientes aclamaciones:

ALABANZAS

Bendito sea Dios.

Bendito sea su Santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendito sea su Preciosísima Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Consolador.

Bendita sea la Incomparable Madre de Dios la Santísima Virgen María.

Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.

Bendita sea su gloriosa Asunción.

Bendito sea el Nombre de María Virgen y Madre.

Bendito sea San José su casto esposo.

Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Señor, danos sacerdotes.

Señor, danos muchos sacerdotes.

Señor, danos muchos sacerdotes santos.

Se canta Tantum ergo.

RESPONSORIO Y ORACIÓN

V/: Les diste, Señor, el Pan del cielo.

R/: Que contiene en sí todo deleite.

Oremos:

Oh Dios, que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de Tú pasión; Te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de Tu Cuerpo y de Tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de Tu redención.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **R/:** Amen.

*Se procede a la bendición con el Santísimo Sacramento.
Finalizada la bendición, se reserva el Santísimo en el Tabernáculo,
mientras se hace un canto eucarístico.*

Orientaciones Pastorales Finales

- Anunciar la Hora Santa con anticipación en las Eucaristías dominicales.
- Motivar explícitamente la asistencia en familia.
- Invitar a movimientos familiares, grupos juveniles y catequesis.
- Difundir por redes parroquiales y medios digitales.
- Ofrecer, si es posible, un espacio de acogida o fraternidad al finalizar.
- Si la parroquia tiene grupo de parejas (pastoral familiar) invitar a quienes asistan a la jornada.



LA ORACIÓN
le da vida
A TU FAMILIA



DELEGACIÓN
ARZOBISPAL PARA
LA PASTORAL FAMILIAR